

ta voz en la gruta, que una curación semejante, instantánea, sin convalecencia, radical, no se explica sino por un milagro.

Desde el milagro de Juan María Fosses está todo lleno de Dios y de su santa Madre. El recuerdo de su beneficio permanece en su alma vivo y tierno. A cada instante da gracias á la Virgen. «Antes tenía arrebatos de genio, decía al Padre misionero de Lourdes á quien refirió todos los pormenores de esta historia; no paraba atención en ellos. Ahora una grande idea me detiene: La Santísima Virgen no estaría contenta!..... Esto me contiene, y si me domina *una prontitud*, le pido perdón.»

El bueno de Fosses no tiene más que un sueño en este mundo: el de tener un día una pequeña posición que le permita establecerse en Lourdes para poder todos los días bendecir y orar á su amadísima Madre en aquella gruta en que lo ha curado, y en que, entre tanto, él permanece por sus pensamientos y su corazón.

XXXI

Curación instantánea de una joven obrera, agonizante

En el mismo año 1867, Nuestra Señora de Lourdes había manifestado su misericordioso poder á la pequeña aldea de Maquens, situada en las inmedia-

ciones de Carcasona. Una joven obrera, llamada Francisca Pailliés, de veintiun años de edad, fué el objeto de este favor de la *Inmaculada Concepción*. Era buena hija, amable, laboriosa, de sólida piedad. A los catorce ó quince años alteróse su salud á causa del trabajo malsano de una fábrica de tejidos. Aguantó durante diez y seis meses, y á contar desde Navidad de 1866 tuvo que guardar cama, presa de atroces sufrimientos. El asiento de su mal era el corazón. Crisis dolorosas, terribles convulsiones la redujeron pronto al más lamentable estado. Pos espacio de cuatro meses no pudo tomar más que un poco de caldo.

En Abril su estado era del todo alarmante. Todo el mundo consideraba próxima su muerte. Solamente Francisca esperaba, poniendo esta confianza en su devoción á la Virgen Santísima: su constante oración la única que le permitía su debilidad, era la célebre invocación: *¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á Vos!* Estaba convencida de que la Virgen Inmaculada la favorecería. Al principiarse el mes de María, se hizo arreglar por uno de sus hermanos una especie de altarcito de la Virgen, en frente de su cama, con una pobre imagen de yeso y algunas flores. Francisca miraba á menudo la santa imagen, y se sentía entonces más animosa y confiada.

Tan débil estaba, que no podía moverse en la cama. En sus convulsiones, que eran cada vez más es-

pantosas, estaba como loca; una vez su hermano tuvo que emplear por espacio de tres horas toda su fuerza para que se estuviese en la cama. La muerte se aproximaba á pasos agigantados.

El 6 de Mayo una Hermana de la Caridad fué á verla, y para consolarla le refirió las apariciones de Lourdes y los milagros que obraba el agua de la gruta. «Ciertamente, decía después la buena Hermana, creía en Nuestra Señora de Lourdes; pero entonces no pensaba en la curación de aquella joven, tan próxima y cierta me parecía su muerte.» «Oh Hermana mía, dice Francisca con voz apagada, traedme pronto de esa agua, ella me curará.» Retiróse la Hermana pensando darle el último á Dios, y pidiendo para ella una santa muerte.

«¡Ah! ¡si yo tuviese de esa agua!» fué desde entonces el pensamiento fijo de la pobre moribunda. Al día siguiente, las crisis tomaron tal carácter que el excelente Cura de la aldea se apresuró á administrar á Francisca los últimos Sacramentos. Empezó una lenta y dolorosa agonía. A intervalos la pobre Francisca perdía el conocimiento y se la creía muerta. Pasáronse la noche entera y el día siguiente en estas alternativas de muertes momentáneas y de resurrecciones cada vez más frágiles. Toda la aldea, que el buen párroco había conducido á la piedad por la devoción á la Virgen y á la frecuente Comuni6n, rogaba por la infortunada joven. Esta, en los raros intervalos que le dejaban sus crisis, hacía esfuerzos pa-

ra decir y repetir: «¿La Hermana no envía el agua?... esta me curaría.»

Desde el principio de su agonía la pobre enferma no podía tomar nada. El médico, cediendo á repetidas instancias, fué el jueves, 9 de Mayo, por mera condescendencia, declarando que su visita sería completamente inútil. Intentó hacer tragar á la enferma algunas gotas de líquido, abriéndole el gáznate con una cuchara. Fué tan cruel el sufrimiento durante esta tentativa, que el médico volvió la cabeza no pudiendo soportar aquella escena. Todo fué inútil, y el doctor se retiró diciendo: «Bien lo sabía, está perdida sin esperanza.»

Dos amigas de Francisca, de paso para Carcasona, fueron á verla en su casa. «¡Oh decid á la Hermana, murmuró la moribunda, decid á la Hermana, que no me ha traído el agua de la gruta.... No volvais sin traerla.... ¡Oh! cuánto la espero!»

Al fin llegó. Por la noche, cuando le fué presentada una pequeña botella de agua milagrosa, recogió sus fuerzas aniquiladas por la agonía, y asíó convulsivamente la botella. La destapa, se encomienda á María; deslízanse por su boca algunas gotas de la agua maravillosa y fresca; hace un supremo esfuerzo para tragarlas; se esfuerza de nuevo.... La garganta se resiste. «No puedo....» murmura tristemente la agonizante. Los circunstantes se miran diciendo por lo bajo: «Sería necesario un milagro, y no habrá milagro.»

Francisca, no obstante, se obstina en conservar la botella en su mano. Por la noche, mientras se hacía el mes de María, fueron á decir al Párroco: «Apresuraos, Francisca se va; tal vez no tengais tiempo de rezarle las últimas oraciones.» Corrió; la crisis que parecía precursora de la muerte cesó luego, agravando el peligro de la moribunda. Sus hermanos, viniendo de la fábrica, la encontraron tan débil, que creyeron no llegar á tiempo para darle el último á Dios. Deshechos en llanto, no pudieron cenar.

La pobre joven era víctima de una inflamación insuportable. Manteniase firme en la esperanza. Toda la noche y el día siguiente tuvo la botella en la mano. De cuando en cuando la soltaba para dejarla entriar, y conociendo que no podría resistir la bebida, introducía aquella en su boca abrasada, para refrescarla por un momento. Sus labios, casi inmóviles, balbuceaban lentamente las sílabas favoritas: *¡Oh María, concebida sin pecado!*

Apercibiéndose una vez de que sus pobres padres lloraban, en medio de su agonía pudo decirles; «No lloréis. La Virgen Santísima me curará con esta agua.»

Su padre, hombre de fe, afligido por la enfermedad de su hija, pero sumiso á la voluntad de Dios, no fué á trabajar el viernes, á fin de recoger el último suspiro y la última mirada de su querida hija. Pasó el día corriendo del dormitorio de la moribunda á la iglesia. Desolado por los dolores insuportables de

Francisca, rezaba fervorosamente para obtener un alivio ó la terminación por una muerte pronta, que sin embargo había de desgarrar su corazón. Toda la aldea aguardaba á cada momento oír el toque á muerto; extrañábase la prolongación de la agonía, y se compadecía á la amada joven.

Hacia las dos horas de la tarde un profundo desfallecimiento hizo creer que se acercaban sus últimos momentos. Francisca balbuceaba:

«¡No puedo más!..... ¡Voy á morir!..... Quiero ver á mi hermano.» Este llega al instante. Sin proferir una palabra, estrecha llorando la mano de su hermana, y se vuelve con vivo dolor á la fábrica.

Las Hijas de María preparaban sus vestidos blancos para el entierro. La misma Francisca, algunos días antes, á pesar de sus malogradas esperanzas, había pedido á una de sus tías que fuese á buscar su traje de congreganta para que se lo pusiesen luego de muerta. El traje estaba preparado y Francisca lo había visto, y ella misma había indicado el puesto del armario en que su tía había de ponerlo para que su madre no lo viese.

A eso de las cuatro horas de la tarde, el Párroco le hacía su tercera visita de aquel día. Francisca, con voz balbuciente y la vista encendida por la calentura, le dijo:

—¡Oh señor Cura, ¡yo ardo!.... ¡ardo!.... ¡Ah! ¡si pudiese beber un poco de agua!.... Señor Párroco, ¡vos debéis curarme!....

—Pobre niña, yo no puedo; sólo Dios puede hacerlo! Tened confianza en María; ofrecedle vuestros dolores; orad. Yo voy á la iglesia á orar también por vos.

Francisca quiso orar; mas los que la asistían veían que se acercaba más y más á la muerte.

La hermana del Cura, que hacía tiempo no se movía del cuarto de la enferma, se retiró un momento. Detúvose á la puerta de una vecina hablando de Francisca, cuando de repente una voz conmovida y vibrante la llama. Era la madre de Francisca. Comprende que ha llegado el momento supremo, y se apresura para llegar á tiempo de recibir el último suspiro.

En el umbral la madre le dice temblando y con vivo y penetrante acento: «Francisca ha bebido, subid.» Llegaba apenas al cabo de la escalera, cuando sale un grito de alegría del lecho en que había dejado á la agonizante: «¡Curada, Margarita, estoy curada!» En efecto, ve á Francisca sentada en la cama, radiante, dichosa, brillando de alegría sus ojos, la cual repite con voz sonora: «¡Sí, curada! ¡bien curada! Ved, Margarita, ved, es esta agua, la Santísima Virgen! Corred á decir al señor Párroco que venga!

Cuando un momento antes la hermana de éste había desaparecido, Francisca, exasperada por el dolor, había reunido el resto de su energía para decir á su madre: «¡oh! ¡no puedo más!... ¡Me abraso!... ¡Me abraso!... ¡Madre, es preciso que beba agua

fría! ¡Es preciso que beba!» Su madre la instaba para que probase algunas gotas de tisana. «No, quiero agua de la gruta. Ella ha de salvarme ó acabar conmigo... ¡Ah! la Virgen Santísima me curará.»

La madre llena de agua de la botella una cucharita y levanta á la moribunda. Francisca se refresca la boca con algunas gotas de esta agua; levanta la cabeza para ayudar á que penetrase en la garganta... Su cabeza cae un instante sobre el pecho. De repente, bajo la influencia de la Inmaculada Virgen aquel cuerpo agonizante se reanima, como por un golpe eléctrico, alza la cabeza, el rostro se encaja, la vista recobra su brillo, desaparece el abatimiento, la voz desfallecida poco há resuena gozosa y vibrante: «¡Estoy curada, madre mía; estoy curada! ¡dadme más agua, pues quiero beberla toda!» Y vació ella misma la botella en su boca. «Sí, curada, bien curada, repetía, ya podría levantarme.» Desde las primeras gotas había experimentado que una inundación de fuerza y de bienestar corría por todos sus miembros.

Eran las cinco y algunos minutos del viernes, 10 de Mayo de 1867. Francisca bendecía á Dios, y su alma atendía sólo á dar gracias á la Santísima Virgen, que acababa de salvarla.

Llega el padre, mira á su hija, cae de rodillas, y cuando puede dominar su corazón: «¡Es un milagro, un gran milagro! exclama; demos gracias á la Virgen Santísima.» Y oró hasta que la hizo levantar la necesidad de abrazar á su hija resucitada.

El Párroco vino á añadir su admiración y oraciones á esta escena de alegría. «Yo he esperado, le dice Francisca, he creído, he orado, he bebido algunas gotas de agua, y estoy curada. Y si dijese que me duele ni la punta del dedo, mentiría.»

Entre tanto los dos hermanos nada sabían aún. El padre corrió á la fábrica. Al verle los pobres jóvenes palidieron, creyendo que su hermana había muerto. No podían pensar otra cosa, tal como la habían dejado. Pero, ¡qué alegría! ¡qué lágrimas! ¡qué gritos de gozo!

Acudían en tropel los vecinos, y pronto fué como una procesión la concurrencia á la bendita casa. Francisca decía á todos: «La Virgen Santísima me ha curado; hé aquí la botella que contenía el agua de la gruta de Lourdes.»

Cuando el número de visitantes era crecido, decía con una fuerza de voz que excitaba la admiración general: «Este milagro no se ha obrado para mi sola, sino también para vosotros. En cuanto á mí nunca podría amar bastante á la Virgen; es menester que vosotros la améis también. Todos, todos debemos amarla.»

A no resistirlo sus padres, Francisca se hubiera levantado de la cama, pues se sentía con fuerzas. Sin la menor dificultad tomó una gran taza de caldo. Durante la noche conversaba, reía con sus compañeras; después de un apacible sueño comió naranjas y algo de pastelería; al día siguiente pan y carne, sien-

do así que hacía tres meses que no había podido tragar nada sólido.

Su hermano, al volver antes del medio día, la encontró levantada y adornando un poco el altarcito del mes de María, que tanto la había ayudado á orar y sufrir.

Todo el sábado y todo el domingo fué un ir y venir á ver á la joven del milagro, la cual estaba gozosa, despejada y llena de vigor.

Hízose saber la curación al médico, quien no quería creerla. Cuando no le fué ya posible dudar, dijo á una persona que le refería los pormenores:

—Pero ¿qué es, pues, esa agua? En verdad hace milagros. Pero ¡bah! sobrevendrá una crisis á no tardar, y la joven y el milagro se irán juntos.

—Pues si la curación subsiste, le responde su madre, ¿creerás?

—¡Oh! entonces sí!

La curación permaneció, evidente, espléndida; vió el médico á Francisca, que dos ó tres días después fué á pié á darle gracias á Carcasona. Vió, examinó, tocó aquel cuerpo declarado por él irrevocablemente perdido. «Verdaderamente, le dijo, no tenéis el menor mal; estais perfectamente curada.»

Vió y dijo todo esto, y á ejemplo de tantos otros *sabios*, se declara vencido (en su palabra), mas no se atreve é confesar el milagro. Así son muchos; ante lo sobrenatural su pretendida ciencia retrocede espantada; y entonces, por huir de la evidencia que les

empuja, que les aplasta, se refugian en el absurdo; entonces dos y dos no hacen cuatro, lo blanco es negro, lo cierto es imprudentemente negado. Sí; digámoslo muy alto, entre diez médicos colocados frente de un milagro que hiere la vista, hay nueve á quienes una insigne mala fe ó el miedo impide que rindan gloria á Dios.

He conocido uno, cristiano práctico; que ante un hecho evidentemente sobrenatural me decía:

—Como cristiano, digo que esto es un milagro; como médico, digo que es inaudito, inexplicable.

—Y como médico cristiano, le preguntaba yo ¿qué decís?

No me contestaba, tenía miedo á la facultad.

Dos meses después de la milagrosa curación de Francisca Pailliés, el digno Párroco de Maquens terminaba su relación oficial de este modo: «Desde el día de su admirable curación Francisca trabaja todos los días y goza de perfecta salud. De suerte que podemos certificar, y con nosotros toda la parroquia, que la curación de esta joven ha sido *repentina, radical y perseverante*.

A fuerza de economías sobre los jornales de su trabajo, la buena Francisca pudo al fin hacer su peregrinación á Lourdes en acción de gracias. En 29 de Abril de 1868, á la caída de la tarde, se prosternaba delante de la sagrada gruta, loca de contento y llorando de amor.

XXXII

Maravillosa curación de un muchacho de quince años, mudo y paralítico

El sábado 18 de Julio de 1868, hacia las seis horas de la tarde, un conmovedor espectáculo excitaba en Lourdes la compasión pública. Dos extranjeros llevaban por las calles de Lourdes una silla de manos, y sentado en ella un muchacho de quince años que apoyaba sus brazos en el cuello de los dos hombres. Uno de estos era su padre. El joven se sostenía con trabajo, su cabeza tambaleaba, sus piernas pendían como muertas, balanceándose al movimiento de la marcha. ¿A donde iban? En Lourdes todo el mundo lo adivinaba: «Van á la gruta, decíase: ¡pobre niño! ¡pobre padre!»

Iban en efecto á esa gruta á donde corren los pobres desesperados; á donde los atrae la Virgen Santísima, porque quiere ejercer en ella el poder de su bondad.

El muchacho Juan Pucheou era oriundo de Gouze, cantón de Lagor, departamento de Orthez (Bajos Pirineos). Había sido siempre de carácter tranquilo, amable, recto. Hacía cerca de dos años que se menoscababa su salud. Experimentaba extraña é invencible repugnancia á los alimentos ordinarios; enflaquecía visiblemente, y su debilidad era muy grande.